

## PAPELES VIEJOS Y NUEVOS

Nuestro cariñoso amigo el doctor Eduardo Zuleta acaba de publicar en Caracas con este título una colección de varios de los escritos que había dado a la luz en los años anteriores. Como muestra insertamos el presente discurso que nos parece una joya literaria:

### ÉLOGIO

de Santiago Pérez Triana en la Academia Colombiana de la Lengua

Señores académicos:

Si no para vosotros, cuya benevolencia me dio un asiento aquí, por lo menos para las señoras y señores que me oyen, voy a dar una explicación de mi presencia en esta alta Corporación, y de mis palabras.

Antes de que yo hubiera tenido el honor de estar en vuestra compañía y en la de aquellos insignes escritores de España que forman la Real Academia Española, debía haberme precedido aquel célebre bogotano, cuyos despojos mortales están bajo tierra extraña y a la sombra de una atmósfera fría y de un cielo oscuro, desapacible y triste.

Por una fina atención de la Real Academia, don Santiago Pérez Triana y yo recibimos el honor de ser admitidos como individuos de número de la Academia Colombiana. A él lo sorprendió la muerte, y cuando el compañero y amigo viene a tocar a vuestras puertas, quiere deciros algo de la vida y de las obras de aquel admirable ingenio que aquí os hubiera deleitado con esa dicción castiza, chispeante y coloreada, que tenía el encanto de una atracción irresistible. Pero quizá

haya venido a ser si no mejor, a lo menos más placentero para mi el hacer el elogio de aquel hombre con quien, si no compartí todas sus ideas, me unían todos los vínculos de una admiración sincera que iba de abajo para arriba. Ni deja de ser significativo el que sea un modesto obrero literario de provincia el que venga a hablaros de un hijo de esta ciudad procerca, cuna de varones ilustres, hospitalaria y benévola y providencial y firme sostén de la unidad nacional. Y os digo esto porque quizá no llega a la altiplanicie provinciano alguno que no venga prevenido contra la capital, o porque a largas distancias es natural que los prejuicios se cultiven y arraiguen o porque no habrá faltado de paseo por valles y montañas algún baratijero como aquel que asombró a Tablanca, *no sólo por las maravillas, jamás vistas allí, de la tienda que plantó en un ferial del valle, sino por el encanto de su pico, por la mojoura de su cara y por el rumbo de su porte.* Pero a medida que las distancias se acortan y la provincia se acerca, le llega a Santa Fe la hora de mostrarse, y entre la invitación por aquí—sazonada con el fino e intencionado gracejo,—y la estatua del Libertador por allí y la Oda de don Miguel Antonio, y la estatua de don Rufino, y el capitolio, y la cultura exquisita y el aire alegre y retozón de los mozos, y los frescos de Acevedo Bernal; y el pie breve, y el encanto musical y la piel delgada, que la baja presión vuelve rosácea en las damas y para cuya natural hermosura el adorno es ocioso; y el agasajo benévolo para el vencedor y el vencido, con lo que los hijos de la ciudad del Licenciado Jiménez de Quesada recuerdan al más amable de los romanos tan amigo de Bruto y de Cicerón, como de Antonio y de Octavio, todo eso hace que el hijo de la provincia vuelva a la patria chica, con el amor y el cariño imperecederos por esta querida capital, que es el orgullo de la patria.

Porque esta es la cultura de la raza, porque este es nuestro idioma, pintoresco como el de Madrid, vivo como el de Sevilla, o reposado, y sentencioso y clásico como el de Valladolid y Burgos. Lo heterogéneo de la provincia se funde aquí y forma al fin y al cabo la masa homogénea de la República unitaria. De los claustros de Santa Inés unos, de los del Rosario otros, de los de San Bartolomé aquéllos, hemos ido llevando a la costa y a la montaña y al valle, y seguirán llevando nuestros hijos, el amor a la capital, el recuerdo de la gracia, de la amabilidad, del espíritu amplio y generoso de los descendientes de aquellos castellanos que llegaron a remolque de los Virreyes, y la gratitud a los sabios maestros que abrieron a nuestras mentes y a nuestros corazones más amplios horizontes, que han ido modificando en la periferia al gamonal perseguidor y enfermo de las potencias del espíritu.

Y exponente genuino de la capital era Santiago Pérez Triana, con las variantes y ampliaciones que le imprimió a su espíritu su vida cosmopolita.

Corría el año de 1885. Santiago Pérez Triana dirigía entonces una casa de negocios en New York, y un día, desconocido y pobre estudiante en esa Metrópoli, me acerqué a su oficina a que me cubriera una letra de cambio. El cajero habló con Pérez, y éste dio la orden de que me cubriesen la letra y de que se me hiciera entrar a su despacho. Me recibió como antiguo conocido, me preguntó por mis compañeros colombianos de estudios, por los literatos de Antioquia, por la política, me dio un ejemplar de la revista «La América» que redactaba, apuntó mi dirección y acabó por invitarme a tomar lunch en un restaurant vecino—en donde me dijo, conocerá usted a Pérez Bonalde y a Martí. Y mientras hablaba conmigo, tocaba el timbre, entraban y salían los empleados, daba órdenes en alemán,

en inglés, en español. Aquel hombre pequeño, obeso, miope, risueño y nervioso me dejó sorprendido. Era la primera vez que yo encontraba en aquel desierto de tres millones de almas que nada decían a mi corazón, una alta inteligencia latina vívida, calurosa, atractiva, que me recordaba las cosas, los hombres y la vida de mi tierra y de mi raza. Estaba Pérez Triana entonces en plena juventud. Llevaba una vida de príncipe. En su casa no faltaban los invitados. De su mesa hablaban primores. Recibíanlo en los salones de los hombres de letras con los honores que se merecía ese gran espíritu suramericano. Redactaba una revista literaria y comercial. Compraba las armas para los conservadores y para los liberales que estaban en guerra. En los Bancos le abrían cuentas al descubierto porque ni los prácticos americanos resistían a su palabra persuasiva. Sorprendía a todos su prodigiosa memoria. Recitaba las poesías de Longfellow y de Whittier, de Pombo y de Fallon, de Musset y de Víctor Hugo, de Tennyson y de Swinburne, de Núñez de Arce y de Campoamor, de Heine y de Goethe; y de Méjico a la Patagonia le eran familiares las obras de los escritores sobresalientes. El lema de su vida no se limitaba únicamente al de la mesa y al lecho de Jerónimo Coignard: lo extendía también a las letras y a los negocios. En «La América» comenzó su carrera literaria y New York le sirvió de centro para las grandes y múltiples amistades que después le recordaron y sirvieron. Por su iniciativa y por su dinero circuló por el mundo aquella famosa traducción del Cuervo de Poe, de Pérez Bonalde, en edición bellísima que apenas si en posteriores tiempos han podido igualar en elegancia y belleza las casas editoras de París y de Barcelona. Pérez Triana y Pérez Bonalde se presentaron entonces al mundo literario como ellos eran personalmente. La edición, el prólogo y la

traducción revelaban el alma artística y selecta de esos dos hijos de la antigua Colombia. El uno acrecentó su fama y dejó su nombre vinculado al de aquel hijo de la desgracia y del genio; el otro se inició con la destreza y el arte de un maestro.

Tomo un párrafo sólo del prólogo, como muestra del estilo y de la penetración de Pérez Triana:

«No hay necesidad de buscar un sistema para explicarse el carácter de la obra de Poe.

Es un quejido prolongado y vago, un murmullo que a veces tiene notas de amenaza o maldición. En áspero camino montañoso se perdió entre las nieves el cantor, desnudo, hambriento y débil para la lucha con los elementos. Mas la trova de amor y de esperanza o gloria, no pobló el aire. Cerrados estaban sus labios, mas de vez en cuando, la lira que llevaba entre las manos chocaba en las rocas del camino, y su sonido, recuerdo o esperanza de mejores días, se perdía incoherente y vago en el silbido de los vientos. Y así de los cantos de Poe. Mas en las escasas notas así arrancadas de esa lira se alcanza a oír el temple divino e imperecedero».

Tenía Pérez Triana un repertorio de anécdotas que quienes tuvieron el placer de oírlo en conversaciones de amigos, recordarán el modo original y personalísimo como los trasladaba de un idioma a otro. Los ingleses abrían los ojos y se reían con estrépito, violando así su carácter protocolario, cuando Pérez Triana les refería anécdotas y chistes bogotanos.

Hablando alguna vez sobre un incidente en la vida de una actriz parisiense en un círculo de colombianos, decía: «Pues la actriz arregló matrimonio con un griego. Refirióle el caso a una amiga y compañera, quien le aconsejó que para evitar que el griego se llamara a engaño cualquier día, le refiriera toda su historia. Hizolo así la actriz y el griego quedó conforme. Dijoselo a su

amiga, y ésta admirada de lo ocurrido le preguntó: Y le contaste todo, todito? Contestóla actriz: Todo sin omitir nada. Pero qué memorió el tuyo, alita. . . dijo la otra».

Al cabo de varios años de lucha la fortuna le fue adversa. Volvió a Colombia y se reveló entonces como un gran orador.

Tenía una cabeza dantoniana, su voz era clara, sonora, y los periodos de sus discursos, armoniosos, vibrantes, caldeados como esta naturaleza que calienta el sol de los trópicos.

Cuando salió de aquí hizo el viaje más atrevido para un hombre como él, delicado, casi ciego y de difíciles movimientos. Ese viaje lo describió en aquel libro «De Bogotá al Atlántico». Hay en esa obra descripciones admirables de la flora y la fauna de la región del Meta y del Orinoco, planes de ferrocarriles, reminiscencias, regocijos y tristezas, filosofía personal y ajena:

«La noche era espléndida; soplabla una brisa tenue, en la cual nos llegaban los mil rumores peculiares de la zona tórrida, en las primeras horas que siguen a la puesta del sol. Delante de nosotros, sin ruido y sin murmullo, arrastraba el río Meta el poderoso caudal de sus aguas. Los astros del cielo se reflejaban en sus ondas, produciendo pequeños relámpagos quebradizos de luz, como si partieran de una cota de acero amartelado y bruñido».

Quizá lo mejor de ese libro es aquel capítulo en que el río Meta saca el pecho afuera y le habla en «retóricos períodos». Escribía Pérez Triana en días de adversidad, pero tenía tal confianza en sí mismo y en el éxito final, que en ese mismo capítulo dejó escritos estos párrafos consoladores del ánimo afligido, varoniles y hermosos:

«Si tienes pesares propios piensa en la ley de la compensación y recuerda que muchas veces lo que los hom-

bres llaman desgracia no es sino un cambio de vía que les hace entrar en un nuevo camino, en donde acaso tengan campo más amplio para el ejercicio de sus facultades; y recuerda, sobre todo, que para el hombre de energía y de buena voluntad, los obstáculos son fuentes de victoria, y que las derrotas aparentes pueden convertirse en escalones para ascender más alto. ¡Cuántas veces nosotros los ríos después de una catarata o de vencer el contrafuerte de alguna montaña que nos obstruye el paso, hallamos tras la lucha y la tormenta, hermosos valles qué fecundar con nuestra corriente, y en dónde rodar por luengas millas bajo el palio eterno de los cielos!»

Trozos hay en el libro de un lirismo romántico que hace recordar épocas de literaturas lejanas, en las que el corazón se entregaba a las multitudes, en las que el sentimiento ingenuo y franco se exteriorizaba sin temor al análisis. Y era porque Pérez Triana era un poeta. Su prosa es lírica aun tratando asuntos de finanzas.

En su vida hubo un desgarramiento de amor juvenil, que él dejó escrito en versos soberanos y que recitaba en intimidad con emoción profunda. Quizá pensaba en ese tiempo ido, cuando su pluma se movió en el recuerdo, que queda haciendo parte de la vida de los seres humanos como la sombra que persigue a cada paso en la vigilia y el sueño. Oid:

«Las auroras que recordamos nunca se oscurecen; la majestad del sol que vimos hundirse circundado de gloria tras los lejanos horizontes, jamás decae. La palabra que nos llegó al corazón y lo hizo estremecerse, la mano que estrechó la nuestra en el adiós o en la bienvenida, la muchedumbre que se agitó como el mar sacudido, el llanto que corrió, la luz que vimos brillar en esos ojos ya apagados, todas esas manifestaciones del pasado, flores del jardín de la vida, tempestades del océano del

mundo, que guardamos en la memoria, permanecen allí con todo su sér, con todo su alcance y toda su fuerza sobre nosotros cuando ya el tiempo ha echado sobre ella sus años».

Su festivo donaire para hablar lo reconocemos todos los que tuvimos el gusto de oírlo, y en el escribir lo habréis visto en el libro de que os hablo. «Si me lee, le leo» y «aprovecho la oportunidad para leer a ustedes algunas de mis poesías» de aquel sujeto del ascensor de Nueva York. Esos dos chistes los oiréis repetir con frecuencia a todos los que han leído «De Bogotá al Atlántico». Aquel espíritu regocijado aun en medio de tribulaciones de esas que inquietan y turban el ánimo más sereno, dejaba en el oyente la impresión de una alegría sana, y produce todavía en el lector una de esas sonrisas suaves con que el ironista regala aún a los amargados de la vida. ¡La ironía! *Flor de la arena* la llaman los que no la comprenden. Nó. La ironía es el desquite sabio y comprensivo de lo que tiene la vida de ridículo. Esa risa es llanto que perdona, flor de los espíritus selectos; rocío que cae sobre los rosales moribundos; fuerza que remueve el residuo de bondad que queda en los corazones.

El libro de Santiago fue publicado en inglés y luego en español. Tuvo lo que llaman una buena prensa y alcanzó varias ediciones.

Por ese tiempo vivió en Europa de lo que le producía su pluma en periódicos y revistas ingleses; pero como esto no alcanzaba para la vida, él inventaba negocios y hacía todo lo que podía abarcar su actividad pasmosa.

Era el año de 1900. Aún no había terminado el otoño, y un calor suave de sol se sentía en la atmósfera. El cielo de Madrid conservaba todavía crepúsculos rojos del verano ido y la Castellana y Recoletos apenas

sí podían contener en sus amplios espacios la multitud que buscaba ansiosa los últimos rayos tibios que iban a desaparecer. Por las Avenidas del Parque del Retiro aún pasaban victorias descubiertas, y apenas si las pocas notas grises de los vestidos hacían un leve contraste con los rostros vivos y luminosos de la hembra española.

Al vestíbulo de la Biblioteca Nacional iban llegando hombres desconocidos de tierras lejanas: eran los delegados del Congreso social económico hispanoamericano: Justo Sierra, Zaldívar, Calzada, Zumeta, Pallares, Fernández, Blest Gana.... y de repente apareció Santiago Pérez. Era el mismo de siempre: expresivo, risueño y jovial, díjome al reconocérme: «varado, pero con víveres a bordo».

Pasó inadvertido en ese Congreso. Asistió a las sesiones en silencio y ocupó su puesto en los banquetes y recepciones sin decir palabra. La elocuencia española e hispanoamericana era un derroche.

Moret electrizaba a los Delegados. Fernández Shaw recitaba trozos magníficos de artículos y discursos de Fernández Flórez y de Núñez de Arce con una voz y con una actitud como las de la Sergine en las conferencias de *Fémína*, cuando leía capítulos de las obras de Georges Sand. Justo Sierra en oraciones cálidas de patriotismo regional seducía a los mismos castellanos. Zumeta, viejo compañero de Pérez en Nueva York. llamaba la atención por su estudio sobre *El Continente enfermo*. Santiago Pérez oía y observaba. La razón, sin duda, de su conducta dependía de la situación en que se encontraba entonces. Era Secretario del doctor Rafael Zaldívar, ex-Presidente de El Salvador. Este hombre de gracia seductora, generoso y derrochador, tenía un gran cariño a Pérez; se daba el lujo de tener un Secretario de esa clase y como hombre de gran repre-

sentación diplomática y política, era natural que aspirase a tener el privilegio de ir adelante, de mostrarse en salones y academias, como Jefe de la Delegación de su patria.

Zaldívar no era tampoco un hombre común. Tenía condiciones de gran político, de caballero fino, y era el genuino espécimen del manejo cauteloso como persona conocedora de la trastienda, en el gobierno de cosas y personas. Santiago optó por ser en este caso un Gil Blas prudente y discreto. En la intimidad recitaba aquellos versos que había publicado en *La América*:

El Himno canto yo de los vencidos  
De la existencia en la revuelta arena,  
Los que de muerte heridos  
Cayeron en mitad de la faena.

Hable la historia. Digan sus anales.  
Si los que el mundo aclama  
Y cuyo nombre un día  
Preconizó la fama,  
Fueron en realidad los vencedores;  
Si fue Nerón o fueron los cristianos,  
Sócrates o sus Jueces  
O Jerjes o el puñado de espartanos.  
Diga por fin en quién, cielos y tierra,  
En quién el vencedor, en quién han visto  
Si en Pilatos o en Cristo.

Pasaban los años; Pérez fue luégo a Madrid a desempeñar un puesto diplomático de El Salvador y a vivir de lo que le producía un pequeño negocio de barnices. El tenía que emprender en algo y trabajaba sin desanso.

Su educación en Alemania, su vida en Nueva York, Londres y París lo habían desvinculado un tanto de la

raza española. Pasó un tiempo como un desconocido, pero fue adaptándose con voluntad decidida, hasta que penetró en la redacción de periódicos importantes. Desde allí escribía para las Revistas inglesas y americanas que le pagaban en guineas y dólares sus artículos; pero estimaba tanto su españolización que a sus amigos mostraba como un triunfo el billete de veinte pesetas que le daban por un artículo en Madrid. En *Hispania*, de la empresa editorial de *Blanco y Negro*, escribió asiduamente. Recortamos de uno de los números de esa Revista lo que dijo sobre la lengua castellana:

«Desde Méjico hasta el extremo austral del Continente americano impera soberana la lengua de Castilla.

«De las cosas humanas, ninguna otra de tan maravillosa magnitud como el idioma: en él se arropan porque da forma tangib'e al nombre, al recuerdo, a la tradición, al ideal y a la esperanza, los montes, y los mares, los credos, y las razas, el pasado y el presente y el futuro. En él se unen en este caso, los hijos de España, los criollos de raza pura, los africanos, los mulatos, los indios y los mestizos y cuantos hombres llegados de todas procedencias conviven en sus dominios».

Fue en Madrid donde publicó los primeros cuentos a Sonny, fabulillas que sin pretensión alguna literaria muestran la íntima ternura de Santiago para con su hijo y cómo derramó allí lo dulce, lo suave, lo tierno de su corazón en páginas de delicadeza exquisita. En cuatro líneas que forman el *Prefacio*, dejó Pérez asomar la sensibilidad y la poesía de su alma. Los rizos de Sonny iban a caer; el desprendimiento doloroso de esos bucles que guardaría la cesta de los recuerdos, sorprendió al mismo padre que había pasado por esas mudanzas de la tragedia universal de la vida.

Llega el Congreso de La Haya y Pérez Triana sale del remanso de una diplomacia incolora y de una lite-

ratura sin alcance mundial. Al llegar a la tribuna de ese salón en que se decían mentiras convencionales, que la lucha próxima iba a poner a descubierto y a terminar con la esperanza de una civilización efectiva, todos se preguntaban: Quién es ese? Pensando todavía en la justicia de los hombres y de los pueblos, Pérez Triana dejó salir de su pecho todos los idealismos todas las armonías todos los períodos luminosos, que como ondas sonoras poblaron el espacioso salón de sesiones. En medio de representantes de poderes autocráticos, él fue allí el heraldo de Hispanoamérica; la voz del derecho y de la libertad, que aprendió en las páginas de la historia suramericana; el representante de esta raza que por sus tipos de selección ha erchado por tierra la frágil clasificación de los ángulos faciales, que como rutina inconcebible sigue figurando en textos de enseñanza pseudo científica. En aquel Congreso de la Paz, que se preparaba para la guerra, Pérez defendió a los débiles contra el apetito de los poderosos; no porque esa hubiera sido la doctrina aceptada en el mundo, sino como la que debía practicarse. Y hablar así entre Embajadores protocolarios, suspicaces y disimulados, en aquella atmósfera de componendas secretas entre los grandes, entre los discordes de las potencias extranjeras, no era un acto de diplomacia, sin duda. Pero cuando todo aquello iba entre líneas, entre matices más o menos desvanecidos, la voz sincera, franca y viril de Pérez Triana cayó como una bomba en ese centro de disimulos y medias palabras. Fue una nota tropical y resonante, fue la revelación de una raza considerada como inferior; fue la elocuencia copiosa y desbordada y hasta la nota alegre que dispó por un momento la tristeza anticipada de los rostros de esos diplomáticos que medían sus fuerzas en silencio, para enfrentarse pocos años después en el campo de la muerte.

La fama de Pérez comenzó a extenderse. Por aquel tiempo fijó su residencia en Londres y comenzó para él la más intensa y agitada época de su vida. Tomó parte en la política y con motivo de la crítica de su folleto *Desde lejos* al arreglo de la deuda extranjera, escribió como prólogo una catilinaria contra el Gobierno de Colombia, tan vehemente, tan fogosa y tan subida de color, que en el estilo mismo bien puede considerarse superior a las de don Juan Montalvo. Estaba escrita con sangre y con la decidida intención de entrar en las luchas ardientes de la política a que él había sido siempre ajeno.

El folleto circuló en Colombia profusamente. El nombre de Pérez Triana volvió a sonar. En Antioquia, que era el fuerte de la oposición, y en donde se le había combatido antes, adquirió un prestigio extraordinario. Contestóle el folleto don Jorge Holguín, ese otro colombiano «ático y decidor», «el primero en la danza y en el salón cortesano» y uno de los espíritus más finos y de mayor agilidad mental entre los escritores políticos y entre los oradores del Congreso. La discusión sobre el convenio de la deuda extranjera se hizo interesante no tanto por lo que el convenio tuviera de malo o de bueno, cuanto por lo que había en ella de chistes, de rasguños y de alfilerazos en ese juego de esgrima en que el florete era la pluma y los contendores dos espíritus regocijados y listos. Santiago, después de revolver números, de llevar y traer a acreedores y a deudores, las alzas y bajas, las cotizaciones y aduanas, deja caer la pluma del polemista y en la mitad de la refriega toma la del literato y escribe páginas selectas de literatura descriptiva:

«Son estas playas de Royan sonrientes y asoleadas, a lo menos en los tibios veranos que de ordinario las arropan. El suelo ubérrimo se extiende como la palma

de la mano, sin ondulaciones perceptibles, en apretados viñedos que hacen horizonte. La sangre generosa de sus vides corre por el mundo bajo rótulos renombrados cuya sola mención despierta grato cosquilleo en el paladar. Más allá de los viñedos álzanse ásperos pinares, apenas rumorosos cuando el viento los agita y verdes en todas las épocas del año, con el opaco verde de sus tupidas frondas. La costa se extiende en innúmeras bahías y pequeñas ensenadas, como si el mar, teniendo mandíbulas, la hubiera mordisqueado a porfía. A su línea accidentada, sin ser fragosa, llegan a morir, ya suaves, ya violentas, las olas que jamás descansan. Por estos mismos parajes desemboca el Garona, que un poco más arriba compartió su lecho con el Gironda, viniendo ambos como ebrios de sol confundidos a la mar. Por doquiera un bullicio de vida sereno, con la calma bucólica de la agricultura triunfante; ni estrépito ensordecedor de máquinas, ni tinieblas de humos vagabundos en el cielo, ni estridentes silhatos de locomotoras: la naturaleza es plácida y amena, arrullada a toda hora por el murmullo o el rugido del Océano, que los astros bruñen, esmaltando los pliegues de las ondas como un orfebre que ilumina con hilos incrustados de oro la templada hoja toledana o la rotunda convexidad de algún escudo historiado con la fantástica fauna de una heráldica legendaria y simbólica».

Nombrado Pérez Triana Ministro Plenipotenciario de Colombia en Londres y en Madrid, intervino en negociaciones de empréstitos para la República. Lo atacaron en esas actuaciones, y comenzó entonces la publicación de folletos en que se defendía unas veces, en que atacaba otras. Se mezcló en todos los asuntos referentes a contratos *Girardot, Puerto Wilches, Consolidada-*

*ción de la Deuda*, etc., etc. No descansaba un momento. Su casa en Londres, como en Nueva Yark, fue lugar de reunión y obsequio. Colombianos, españoles, hispanoamericanos, iban allí a compartir la sal de su mesa. Había doblado ya el cabo de las tormentas de boca y algo más. Era el oráculo, el dirigente en todo. Se dirigía al presidente de Colombia en epístolas, algunas veces desapacibles contra ministros y subalternos. Fue el auge, fue la cúspide. Luis Bonafoux, ese crítico agriado, ese inconforme hijo de las Antillas, le hizo elogios y lo consideraba como una de las pocas personas que no estaban disgustadas con él. Ramiro Maeztu alababa en la mesa de Santiago «el vino blanco en el frío exacto que le hace gustoso, y el borgoña en la justa tibieza que realza su aroma» y recuerda la grave faz morena que mostraba en una anécdota las debilidades de los grandes hombres o la grandeza de los pequeños.

Dejó de ser ministro. Vino el nuevo eclipse; volvió a surgir en la Conferencia panamericana, y Pérez llevó la palabra en nombre de Colombia y de hispanoamérica. Fue el orador aclamado.

Los nuevos hombres que en Nueva York y Washington ni le conocían, ni le recordaban quedaron sorprendidos y absortos ante la elocuencia avasalladora de Pérez y aun mereció el honor de que el Gobierno de Washington lo recomendara oficialmente al Gobierno de Colombia como a uno de los mejores, si no al mejor de los delegados. Políticamente éste fue su último triunfo.

La guerra europea había comenzado entre el asombro de los pueblos y la ignorancia diplomática. Algo raro y extraordinario para los pacifistas desorientados e ingenuos y claro y natural para los que penetrando un poco el sentimiento animal del hombre, habrían comprendido que la célula humana recobraba en medio de la llamada civilización europea su carácter primitivo.

Pérez saltó a la arena del periodismo entonces y de los artículos vibrantes y elocuentes que escribió en *Hispania* formó un libro titulado *Aspectos de la guerra*. Santiago se inclinó a uno de los bandos en lucha, pero no dejó de ahondar los móviles del conflicto. Oid estos párrafos llenos de verdad y de comprensión.

«Las grandes potencias formaron dos grupos rivales, para sostener el equilibrio internacional: la triplíce y la entente. Se dieron a repartirse lo repartible en el hemisferio oriental. Cortaron por lo sano. Su ley fue la de la espada. Aquellas guerras de éxito asegurado por la disparidad de fuerzas, en comarcas apartadas acaso fueron válvulas de escape para la tensión moral y ciertamente lo fueron de la tensión y de las rivalidades políticas. Los hombres se avienen con relativa facilidad en sus querellas cuando pueden endulzarlas con el despojo de un tercero incapaz de defenderse. Cuando ya no quedó nada que repartir, se inició un peligro, inherente a la naturaleza de las cosas, como el fermento al mosto. La jauría famélica, falta de presa, se destroza a dentellada limpia».

No podía faltar tampoco a la pluma de Pérez la nota del desquite.

Esa triste, pero justa consideración que se ocurría a todo hispanoamericano, tratado de salvaje y fustigado sin clemencia antes por el europeo, cuando trataba sobre nuestras convulsiones internas durante la elaboración epiléptica que había de consolidar la república, la dejó escrita Pérez en estas líneas en que explica la guerra y pone al desnudo el resurgimiento de la barbarie ancestral.

«Esta vieja Europa, tan dada a mirarnos a los latinoamericanos desde la excelsitud de su torre pulquérrima de marfil, como bárbaros irredimibles, cada vez que una contienda civil americana la induce en temores por

la suerte del cupón, a los quince días de guerra, ya asesina, ya roba, ya incendia, ya tortura como en pleno Putumayo: sólo, sí, que lo hace en escala y proporciones descomunales y fantásticas.

«Ella es la obra del legado fatal de los siglos, que pesa sobre todo europeo, como un yugo o una cadena, desde la cuna hasta el sepulcro. Las ambiciones dinásticas, las codicias territoriales, el ansia del predominio político, los rencores de la raza, los antagonismos religiosos, las obsesiones reivindicadoras, todo ello que viene de muy atrás, arraigado en la entraña de la vida colectiva, determina, en cada pueblo, la orientación política y encauza las energías nacionales».

En uno de los últimos artículos de ese libro original, volviendo y revolviendo sobre la guerra, analizando hasta los detalles, Pérez, en medio de la desesperación que le producía ese conflicto gigantesco, toma el fecundo e intangible precepto de

«Mourir pour la patrie  
C'est le sort le plus beau,  
Le plus digne d'envie».

Para él la guerra debía cobijar a todos: emperadores, reyes y jefes de estado y ministros, consejeros y favorecidos, políticos, financieros y bolsistas y agiotistas y traficantes en elementos de guerra. No comprendía cómo habían de quedar «sin una hoja de laurel enrojecido en el combate» estos hijos de la fortuna que en la derrota o en el éxito iban recogiendo silenciosamente los restos del desastre o de la victoria.

Pensó en una paz, sin odios, sin despojos territoriales, en una paz consolidada que no se «transformara en descontento supremo, sin otra solución que la violencia». Es inconcebible que una mente privilegiada como la de Pérez cayera en estas ilusiones. Sólo su bondadoso co-

razón podía pensar en esto y desconocer los profundos orígenes animales del hombre. Olvidaba él la envidia democrática tan palpable en los comienzos del conflicto; olvidaba cómo la humanidad no ha resuelto ningún problema a derechas, y cómo los grandes exponentes de la ciencia misma nos enseñan que ésta no es capaz de explicarnos la naturaleza de las cosas.

No desconozco que todo esfuerzo, que toda aspiración, que todo trabajo que tienda a predicar la paz de las almas y de los pueblos y que luche por la perfección de los espíritus tenga relativa eficacia; pero la eficacia total ante el enigma de esta humanidad rebelde, maculada y contradictoria queda sin solución definida. Cuando Levings-ton aseguraba que los mestizos eran los seres más crueles del mundo, olvidaba la historia y no pensó que llegaría una época de inaudita crueldad en Europa.

Cuando aún ardían las aldeas y ciudades, cuando el cañón tronaba y la lucha no había terminado en vencedores y vencidos, la muerte selló los labios y paralizó el brazo de Pérez Triana.

Santiago Pérez Triana, hijo del Presidente Pérez, que fue también de esta casa, heredó directamente de sus padres las dotes de inteligencia que lo distinguieron en tan alto grado entre propios y extraños.

Ambos escribieron sobre la purificación espontánea de las aguas y sobre el juicio de la posteridad sobre los hombres. Pérez Triana decía:

«Nosotros entramos a las ciudades y son limpias nuestras aguas; cuando salimos de ellas arrastramos todas las impurezas y todas las sustancias extrañas que son el producto y el residuo inevitable de la vida de las grandes agrupaciones humanas; mas a muy pocas leguas de distancia nuestras aguas se han purificado de nuevo y son claras y limpias como lo fueron antes. Así mismo entran los hombres a la vida, limpios; y cuando de ellas

salen, van manchados las más veces y siempre estropeados por la lucha. A través del tiempo, las miserias individuales quedan olvidadas, las tristezas de la vida, los desfallecimientos del ánimo desaparecen; y el hombre purificado se destaca sobre la página de la historia, en la cual, cuando ha habido verdad y justicia, el vencido se convierte en mártir, el luchador en héroe y el pensador en apóstol».

Don Santiago dijo:

«Conciudadanos! Cuando esos grandes ríos han traído su curso al través de largas y tempestuosas regiones, ¿llegarán a su término tales como fueron en su origen? O ¿será lo natural, casi pudiera decirse lo justo, que lleguen enturbiados y amargados por las malezas mismas que han limpiado en su camino?

«Mas así como los vemos pasar a ellos en la majestad de sus crecientes, y aguardamos a que, levantadas en los espacios inmensos las aguas recobren su primitiva fuerza, así vemos pasar también entre tempestades y eclipses, los espíritus de combate. La historia como el océano es un eterno crisol: ella devuelve a los hombres extraordinarios, ya serenado el combate, con su verdadero carácter en su pristina grandeza». Y en otra parte: «La posteridad no hallará en los hombres que hasta ella lleguen la marca vulgar de la injusticia contemporánea. Ella no verá en esos hombres más que su frente iluminada, si han sido apóstoles; no verá más que sus palmas hendidas si han sido mártires».

Don Santiago fue maestro de ciencias políticas y formó hombres de estado que aún lo recuerdan con admiración y cariño. Pérez Triana creó amigos con su generosidad y su gracia, que lo vieron partir de la vida con tristeza de agradecidos y admiradores. El padre tenía un estilo preciso, sobrio y maduro como un verdadero

pensador; el otro sobresalía más por su talento oratorio. Don Santiago fue un escritor de los de frase recogida y de pensamiento hondo y discreto. El hijo escribía en frases sueltas y abundantes. El padre era una mentalidad positiva. En Pérez Triana «la vena es tan caudalosa, que no puede menos que correr turbia a veces; pero con los desperdicios de ese caudal hay para fertilizar muchas tierras estériles». Don Santiago fue un hombre modesto, de severidad prelatia, varón austero y «Catón revolucionario», como se dijo de Pí y Margall. Pérez Triana vivió cuando pudo en el esplendor y la magnificencia. El uno tuvo por centro de lucha la patria; el otro lució bajo el amplio palio de todos los cielos.

Agosto, 1919.

EDUARDO ZULETA

